Carlos d'Ors

# LA JAULA DE ORO

## APOTEGMAS

EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—Anaquel de poesía, nº136—
Madrid • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © Carlos d'Ors

Directora de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Del prólogo © Juan Carlos Mestre
Dibujo de cubierta © Eugenio d'Ors

El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.
Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: ENERO 2024

I.S.B.N: 978-84-18997-49-5
Depósito legal: M-

Impreso en España.

www.cuadernosdelaberinto.com

Carlos d'Ors

# LA JAULA DE ORO

APOTEGMAS

# NOTA DEL AUTOR

Estos *apotegmas* son breves sabidurías que de forma rotunda pertenecen a nuestro imprescindible existir y a nuestra experiencia vital, aunque enunciadas con templanza y serenidad senequistas, unas veces, o con fatalismo romántico, otras, y están escritas con afán poético. No son aforismos porque no intentan ser normas de conducta ni de vida ni de arte ni aspiran a tener un carácter ético, sino a hacernos pensar sobre nuestro existir con intención literaria y poética, aunque su semántica encierre verdades que pertenecen en muchas ocasiones a lo trágico, a lo inmanente o a lo trascendente e incluso a lo irremediable de nuestro cotidiano vivir.

# PREFACIO

## LOS BIENAVENTURADOS DE CARLOS d'ORS

A propósito del saber, la búsqueda de la verdad es el único empeño para el oficiante de la duda. Dudar y saber acaso compartan la misma senda hacia el bosque del conocimiento, único lugar donde la sombra del enigma se hace revelación del ser y conciencia transcendente de lo humano. Alejado de lo doctrinario, en la súbita presencia de ese decir feliz que constituye el alumbramiento del relámpago, la lucidez del romántico y el dictado moral que ampara la conducta del ecléctico, levanta Carlos d'Ors esta casa para los huéspedes de la razón, las pobres y bienaventuradas criaturas que otorgan sentido, figuración y habla, al idiolecto de la fraternidad poética.

Pocas hermandades como la suya en las repúblicas de la imaginación, escasas unanimidades como la de sus afectos en el maremágnum de las estéticas y las tribales trivialidades de la sociología literaria. Carlos d'Ors, dador

de amistad en el espacio de los antagonismos, es un hombre que ha hecho del compañerismo en la palabra, de la camaradería poética, una fidelidad intransable; la misma voluntad que preside la asamblea de estos apotegmas, estas breves sentencias de la duración que tan paradójicamente desafían la efímera temeridad del tiempo y la fugaz eternidad de la muerte.

Como escritos sobre el agua, con la capacidad negativa de un John Keats oyendo la inmortalidad del ruiseñor en el isócrono ciprés que representa cada segundo, cada instante y cada siglo, en el paisaje crítico de Roma, los axiomas poéticos de Carlos d'Ors vienen a recordarnos aquel otro postulado que desvincula la pasión del vuelo con la práctica de la escritura, revirtiendo el axioma de que aquella sea consecuencia del ejercicio de método alguno, sino, y opuestamente, entusiasmo emancipado de toda pragmática. Alas propias hay en este ser de altura, espiras de un espiritualismo que impele a la persona a la búsqueda de su esencia en lo maravilloso, ya sea este en cuanto es la cualidad de lo admirable, el ensueño de lo mágico para unos, o creencia en los hados y la divinidad para otros.

Carlos d'Ors participa con su escritura del testamento alógrafo del aire, de la sucinta ráfaga del viento sagrado que visita con la misma intensidad la amorosa almohada de las nubes que el sueño terrenal de lo abocado a la inexistencia. Árbol o ángel todo es significante en el palimpsesto de voces, de huellas y ecos, que germinan entre los surcos arteriales de la obra del poeta. Porque tiento de poeta hay en esta música acompasada con el pensamiento de la interioridad y la contemplación

de lo solo, lo únicamente visible desde la extrema conjetura de la algoritmia del alma humana.

Austeridad del habla que no se distancia del fiel reflejo de la voz que la enuncia, temperancia de las gramáticas que dan serenamente cuenta del asombro de la existencia y la belleza de lo otro, esa otredad irremplazable de la empatía, en los espejos de la ajenidad, los relampagueantes reflejos de la divinal tormenta sobre el náufrago, el amador de su nada, el bienaventurado en la exultación de sus dones o el ebrio místico. Orfeón de sílabas para proclamar en la brevedad de los imperativos del lenguaje la finitud del tiempo y los arquetipos con los que ha construido la filosofía de la historia el relato teleológico y metafísico de los seres del pasado y su gravitación coral sobre el devenir humano.

No hace prevalencia Carlos d'Ors de la didáctica ni de la anecdótica en su viaje por la exterioridad de lo literario, es la suya una poética de la espiritualidad, de la ordenación de cuanto intangible y no visible atañe a la condición de la persona; una estructura abstracta, lineal en su estricto horizonte de visiones: el silencio, los caminos marinos, la mercancía sonora de los pájaros, la cerilla que ilumina el tránsito sobre las aguas del olvido. Y tras esa ocupación en lo real, la desobediente actitud del enamorado solar, el poeta testamentario ante el sufrimiento y el gozo, el frecuentador nocturno de las quimeras astrales y la preciosidad de las sílabas arrancadas al gran vacío sin nombre de la añoranza, regresa el poeta con su hatillo oracional a dar cuenta de las huellas que ha dejado la ventura de la cavilación humana sobre las calzadas de la historia del pensamiento y del tiempo.

Toda escritura es recordación de otra lejanía, un imaginario que salvado del pretérito proyecta sus significaciones sobre el eón geológico de la infinitud. *El poeta es como un faquir*, escribe Carlos d'Ors, un itinerante asceta que por la senda de la renuncia a las posesiones adquiere dominio de pobreza sobre lo punzante y agudo, sobre los fuegos sagrados y los cristales quebrados de lo que algún día fue el cerebro transparente de la sabiduría. Asociaciones, sí, analogías entre las celebraciones de la elevación y la ciencia secreta de las subterráneas raíces del árbol del conocimiento.

Hay partículas elementales de la desconocida materia de la poesía en este libro de Carlos d'Ors, hay argumento de galaxia y gatos ronroneando en los quarks de las estrellas, hay exultación de los cuerpos giratorios en la nebulosa del dolor e ilusiones mendicantes a la puerta del destino. Y hay instante imperecedero y denuesto de lo injusto y desestima de las jaulas. Hay ética y apología de la honradez, y hay sacralidad irrepetible del milagro: *Los poetas se alimentan de panecillos de luna llena*...

Carlos d'Ors vive en la mano abierta de lo que sucede, está ahí, siempre, con su lápiz de grafito dibujando todas las ópticas de los florecimientos de la amistad frente a los baldíos ámbitos del rendibú y la lisonjera coba. Carlos d'Ors escribe y pinta como quiere, es decir como ama a las personas amigas y ejerce el arte supremo de la libertad. No es la suya, no es la nuestra, una causa de prosélitos, ni demanda elogio ni exige reciprocidades, existe como preexiste a nosotros mismos la poesía, la pasión del adivinador y el vidente de un bien, lo enno-

blecedor de las palabras ante lo infamante de cada época, la pasión estética por las categorías tan heterogéneas como inalcanzables de lo bello en la orilla del *nadador incansable*.

Vengan a esta rama dorada los pájaros sin contorno de la imaginación, posen aquí su canto las criaturas de espíritu y las memoriosas harinas del poeta que ofrece sus panes a los omniscientes hacedores del olvido. Ninguna palabra significa dos veces lo mismo, una es la llama auroral de la impaciencia y otra la de la reclinación del ángelus ante lo crepuscular de las cenizas; una, la voz del ángelus y otra, la del gloria de los desobedientes príncipes, una, la idea de la duración y otra la idea de inmortalidad ante el reloj de la esclavitud y el tiempo laico de la rosa. De eso nos habla, como un elemental manantial de gracia, Carlos d'Ors en este libro, en estos apotegmas que acaso también pudieran ser leídos, consultados, como una cleromancia, como un libro oracular de los cambios y las permutaciones, la clarividencia de cada línea ante la posición correcta del saber simbólico, la vida interpretada por la secuencia moral de las palabras y los hexagramas del corazón.

Abre este libro, pasa, hay una silla vacía ante la mesa, un vaso con el agua de la claridad, una luminosa razón para confinar la iniquidad, contra la que se pronuncia siempre la poesía, al infructuoso yermo de las sombras. Entra: así tú, *así yo, así nosotros*...

JUAN CARLOS MESTRE

## N Á U F R A G O

Aunque pájaros aventajados
te indiquen la ruta a seguir,
tú, oh náufrago maldito,
desoirás sus cantos
y te hundirás con tu barca
en el más profundo de los abismos...

## N I E B L A

Estáis tan acostumbrados
a la imprecisión de los contornos
que acabáis viviendo
en las veladuras de la niebla...

# O J O S

El poeta es más consciente
de lo invisible a los ojos
que de lo visible.
El poeta habla más
con los ojos del espíritu
que con los ojos del cuerpo...